

Recuerdos de una joven solitaria

Estábamos él y yo. Solos y unidos más que nunca. Mi cuerpo se encontraba totalmente recto, mi espalda se apoyaba en la suya, mis manos lograban llegar a tocar el cielo, mis cabellos rozaban los suyos con delicadeza. Flotaba en una nube, con él a mi lado, con sus ropajes masculinos y con sus ojos avellana, sentía total inseguridad, no conseguía tranquilizarme. Mis nervios empezaron a recorrer todo mi cuerpo, aquella figura tan recta que siempre me caracterizaba había empezado a flojear, todo había empezado a temblar. Todo podía derrumbarse en aquel momento, me hacía sentir mil sensaciones, él seguía igual de rígido. Entonces noté aquellos pájaros llenos de letras, que flotaban por el mundo regalando sueños. Los libros. Sentí la mirada de uno de ellos en mi nuca, y me acerqué a él. Le ofrecí mi mano y me agarré con suavidad a sus páginas, surcábamos todos los lugares a los que nunca había podido ir, subíamos y bajábamos montañas y universos. En ese momento, me sentí completamente segura de mí misma, con un poder sobre todos los personajes que se habían adentrado en mi vida, estaba flotando entre palabras, no entre nubes. Era mi manera de escapar de la realidad, de evadirme de los problemas, tal vez porque todo parece más bonito si está escrito.

Recuerdo que aquella noche quise escribir, o al menos intentarlo. Busqué la pluma que tantos problemas me dio, aquella que me dio motivos para sonreír porque ella seguía estando ahí a pesar de estar escondida, esa pluma que escribió cada recuerdo para que no se pudieran olvidar, aquella pluma que por un tiempo se fue a otro lugar. Lejos de mí, y entonces perdí toda aquella inspiración que me había inundado por dentro, pero un día cualquiera volvió. Se coló libremente por mi ventana entreabierta, seguía oliendo a aquella tinta tan profunda que aquel día le unté para poder escribir. Se posó a mi lado, en la mesita de noche mientras yo leía aquel diario tan especial que me inundaba de sentimientos y sensaciones. Ahora ella volvía a estar a mi lado, pensando de nuevo qué escribir y regalarle al mundo. Y lo hizo. La tuve entre mis manos, la toqué miles de veces hasta que miramos a aquel papel blanco que teníamos que mancharlo con palabras, pero que al final el resultado no fue mancharlo si no adornarlo. Fue otro recuerdo más de nuestra historia, el reencuentro entre mi ayudante que saca las palabras sin apenas darme tiempo a moverla con sutileza porque aquel tiempo ella vagó solas por las calles, sin tener a nadie con quién compartir sus recuerdos, sin poder sacar el talento

que llevaba dentro, sin volver a mojarse por la tinta. Se perdió entre las sombras y consiguió salir adelante. Volvió a encontrarme después de tanto tiempo y ahora se encontraba escribiendo todo lo que sentía y no había podido expresar. Y firmando con mi nombre, pero ella ya había contado todo, ahora me tocaba a mí. Y entonces, fui yo quien la controlé a ella dejando que marcara cada movimiento para formar letras con una caligrafía bastante esmerada. En aquel momento mientras yo escribía lo que pensaba, ella seguía mirándome como si yo fuera su verdadera dueña y su amiga fiel que nos comprendíamos mutuamente. Y entonces, surgió mi manera de escribir. Con la que lo hago siempre, con mi estilo y mis fallos pero que ambas elegimos para sentirnos cómodas, y sin importarnos nada más. Porque ambas, siempre supimos que estaríamos juntas y ningún bache podría separar la relación que teníamos.

Recuerdo aquellos días de lluvia que tanto me inspiraban. Las enormes gotas de lluvia golpeaban violentamente el cristal. Aún quedaban algunas lágrimas de agua en mi pelo y mis botas descansaban mojadas en la puerta de mi habitación.

Me cambiaba de ropa para acabar con mi pijama. Sí, con aquel tan infantil que a la vez tanto me gustaba. Encima, me ponía una chaqueta que, aunque contrastaba con mi atuendo, me hacía entrar rápidamente en calor.

Cogía unas páginas encuadradas con una foto al inicio y me subía a mi cama. Ya había acabado lo duro del día. Ahora estábamos mi libro y yo. Iban a volver esos personajes, la chica con la que me identificaba, su adorable hermano, el chico del que casi me había enamorado y hasta el más malo de los villanos.

Sonreía, y aunque sabía que si alguien me oyera me tomaría por loca, después de un día agotador, me inclinaba levemente sobre el libro y susurraba:

- Te he echado de menos.

Recuerdo haberme sentido atrapada por esas palabras. Esa historia que parecía tan real aunque solo era producto de la imaginación de un gran escritor/a. Creer que era la protagonista de ese cuento de fantasía. A veces, lo único que quería era leer y leer y no parar hasta saber el final de esos personajes, los que mejor me caían y los que peor. Era como una obsesión.

Me pasaba con pocos libros.

Pero con aquellos con los que sucedía, sabía que de verdad valían la pena. Aunque solo

sería una opinión más que se perdería en el tiempo, al menos esos libros conseguían arrancarme del mundo.

Recuerdo escoger un libro, no sin mirar antes minuciosamente las portadas, autores y resúmenes de todos. De hecho, me habría gustado vivir en una librería o si no tener mi casa llena de libros hasta el último rincón, como en un libro que leí. En la cocina había libros, en los pasillos también y a los lados de los muebles era muy fácil chocarse con un libro. Yo quiero una casa así, desde luego.

Abría el libro y me quedaba mirando un rato la portada, como si de repente fuera a empezar a hablar o alguna tontería así. Si había algún relieve, por ejemplo, en el título, pasaba mi dedo índice por éste, siguiendo la palabra escrita. Abría el libro con la esperanza de encontrarme alguna dedicatoria curiosa, pero desgraciadamente no siempre podía sonreír e imaginar cual sería el nombre real de la persona que ahí nombra el autor con un mote inventado cariñosamente por algo.

Empezaba a leer y los personajes iban apareciendo en las páginas y posteriormente, en mi mente, mientras las páginas se sucedían más deprisa o más despacio ante mis ojos. En todos los libros, había un personaje que me gustaba más que otro. Por sus acciones, por como lo describían. Tal vez no era el protagonista, tal vez no era el mejor, pero casi siempre había alguno que me quedaba con las ganas de conocer.

Y esta es mi pregunta: ¿Por qué los amores verdaderos se esconden en los libros?

Entre letras de imprenta, entre páginas nuevas o antiquísimas, se esconden amores. Y apostaría a que algunos son tan verdaderos que hasta existieron en la realidad. Todo escritor tiene su musa y toda escritora su inspiración. La persona a partir de la cual creas un personaje, a veces sin conocer a la persona en sí. Cuando, sin darte cuenta, empiezas a dotar a tu personaje con los rasgos de esa persona que conoces de vista en los pasillos, que has conocido por casualidad o con esa persona con la que te has cruzado por la calle.

Y a partir de ahí empiezas a inventar características y personalidades que fácilmente le adjuntas a tu persona real. Creas un personaje esperando que sea exactamente igual que el de la realidad. Y poco a poco, página a página, el amor entra en tu libro. Y quien sabe si también le llegará a ese personaje. Y nadie llegará a saber lo mucho que te gustaría poder identificarte en la realidad con la chica de tu personaje. Hechos a medida. Pero

muchas veces, en realidad sabes que ese amor verdadero, solo existe en un libro donde se suelen esconder.

Yo era de esas chicas incomprendidas que vivía en otro mundo, uno en el que los libros te llenan la vida y hacen que tu corazón palpite cada vez que lees uno.

El tiempo pasó y con él se llevó mi obsesión, pero lo cierto es que la pasión nunca se fue porque la lectura siempre me acompañaría en ese viaje llamado vida.